

# **La Divina Misericordia para una renovación de nuestro Método Pastoral**

**+ José Ignacio Munilla**  
*Vescovo di Valentia*

3 aprile 2008  
Basilica Santa Maria Maggiore

Coincidiendo con la reciente Octava de Pascua, la semana pasada, un numeroso grupo de obispos y cardenales europeos –170 obispos y 10 cardenales-, peregrinaban a Galilea convocados por el movimiento Neocatecumenal. El miércoles, día 26, celebraron la eucaristía junto al lago de Galilea, en la iglesia que se conoce como “Primado de Pedro”. Presidía la Santa Misa el actual cardenal de Cracovia, Mons. Stanislao Dziwisz, quien fuera desde 1966 el fiel secretario de Karol Wojtyla, y quien ha tenido el honor de acompañar fielmente a nuestro querido Juan Pablo II hasta su definitiva marcha a la casa del Padre.

## **Nueva Evangelización**

En la homilía que pronunciaba D. Stanislao en aquel incomparable marco, se dirigía a sus hermanos concelebrantes, invitándoles a que orasen a Dios por la pronta elevación a los altares de Juan Pablo II, haciendo votos por su proclamación como “patrono de la Nueva Evangelización”. Los cardenales, obispos y todos los allí presentes, se levantaron en ese momento, refrendando con un gran aplauso su propuesta: “Juan Pablo II, ¡patrono de la Nueva Evangelización!”.

Sabemos que el mismo término -“Nueva Evangelización”- había brotado por primera vez de los labios de Juan Pablo II en Haití. Era el 9 de marzo de 1983, y en Puerto Príncipe se dirigía con estas palabras a los Obispos del CELAM allí reunidos: "La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión".

Sin embargo, es evidente que no es suficiente con formular el postulado de la Nueva Evangelización. La mera formulación de este principio podría alcanzar un consenso pleno entre los teóricos de la Teología Pastoral, pero no nos ayudaría a avanzar en la práctica de esa Evangelización. Lo determinante y fundamental, consiste en participar en aquel mismo celo que movió a Juan Pablo II a hablar de la Nueva Evangelización. He aquí la gran aportación de este Congreso Mundial de la Divina Misericordia: Explicar a la Iglesia y al Mundo que la Nueva Evangelización ha de

entenderse y ponerse en práctica como una prolongación del grito de Cristo en la cruz: “tengo sed”.

La Nueva Evangelización es la expresión práctica de la Misericordia de Cristo que -como escuchamos en el Evangelio del segundo domingo de Pascua- no se detiene ante las puertas cerradas por razón de nuestros miedos, sino que impulsado por su amor misericordioso y ejerciendo su soberanía divina, se presenta en medio de ellos –de nosotros- sin tocar la puerta y sin pedir permiso, para ofrecernos apasionadamente el fruto de su amor redentor.

En consecuencia, ¿qué aporta el misterio de la Divina Misericordia para la correcta comprensión y puesta en práctica de la llamada a la Nueva Evangelización? Cuando Juan Pablo II concretó su llamada a la Nueva Evangelización, especificando que había de reflejarse en un nuevo “ardor”, nuevos “métodos” y nueva “expresión”, lo expresó con un orden no casual, sino conscientemente matizado.

En efecto, uno de los errores principales de nuestra práctica pastoral, podría consistir en hacer cifrar el éxito de nuestra labor evangelizadora en la mera búsqueda de métodos pastorales atrayentes para el hombre de hoy, olvidando el factor principal y prioritario de la Nueva Evangelización: El nuevo ardor. Este “ardor nuevo” al que se refirió Juan Pablo II supone una compenetración con el Corazón de Cristo que, en el trance de ser traspasado por nuestros pecados, declaró su sed de nuestra santidad.

Cuando hablamos de Nueva Evangelización, fácilmente recordamos aquel pasaje de Mt 9, 16: "No se echa vino nuevo en odres viejos; pues de otro modo, éstos revientan, el vino se derrama, y los odres se echan a perder; sino que el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan". En nuestra Teología Pastoral, tenemos el riesgo de que este mensaje evangélico -“A vino nuevo, odres nuevos”-, sea interpretado como una invitación a innovar nuestras formas pastorales, dejando en un segundo plano la invitación a nuestra conversión. Dicho con otras palabras, todos los que, de una u otra forma, llevamos a cabo la pastoral de la Iglesia, tenemos la tentación de entender que los problemas de la evangelización se solucionan cambiando de “caballo”, pero no de “caballero”.

### **Testimonio de Juan Pablo II**

En definitiva, solamente se puede llevar a cabo la Nueva Evangelización, si los actores de esa tarea pastoral tenemos un ardiente deseo de santidad... si encarnamos en nuestras vidas el “tengo sed” de Cristo crucificado. Sin ir más lejos, un ejemplo patente de “evangelización desde la cruz” lo pudimos comprobar en la enfermedad, agonía y muerte de Juan Pablo II.

En efecto, esta enfermedad, agonía y muerte de Juan Pablo II permitió a la Iglesia Católica vivir una gran lección de confianza en la Misericordia de Dios, así como de abandono en su Providencia. Los meses y años previos a la muerte de Juan Pablo II habían resultado muy duros, especialmente en lo que se refiere a las noticias y comentarios transmitidos por la mayoría de los medios de comunicación occidentales: “¿era prudente en los tiempos actuales, siempre preocupados por la cultura de la imagen, mantener en el máximo cargo de la Iglesia a un hombre tan enfermo y

desgastado?” Los cálculos de las estrategias humanas hacían temblar y sufrir a muchos en el seno de la Iglesia. Sin embargo, todas aquellas desconfianzas y temores se esfumaron cuando el mundo fue testigo de que la enfermedad, la agonía y la muerte de Juan Pablo II, se convertían en un acontecimiento de gloria. ¡Cuántas lecciones pudimos aprender aquellos días!

Siempre me he preguntado qué momento de la vida de Juan Pablo II pudo ser más eficaz en su obra evangelizadora, ¿el Karol Wojtyła atlético y plétórico de cualidades y de proyectos, o tal vez un Juan Pablo II ya anciano, tan débil como confiado en la Misericordia de Dios? Algún día lo sabremos, aunque algo podemos intuir por aquellas palabras de San Pablo: "Mi fortaleza se realiza en la debilidad... cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor 12, 9-10).

¿Cuántas almas ganó para Dios aquel siervo de Dios –vetusto a los ojos del mundo- que moría en perfecta paz, testimoniando su confianza en la Divina Misericordia, y manifestando simplemente: “Dejadme marchar a la casa del Padre”. Llevaba a cabo la tarea de la Nueva Evangelización, dándonos la lección última de “entregar la vida”, poniendo su vida en manos de Dios. Los santos son más evangelizadores en la decrepitud que los pecadores en su plenitud. Con un poco de humor, de Juan Pablo II se pudo decir aquello que se narra en el libro de los Jueces sobre Sansón: “Los que mató al morir fueron más que los que había matado en vida” (Jc 16, 30).

En resumen y concluyendo esta primera parte de la exposición: La Nueva Evangelización se ha de entender prioritariamente referida al ardor de quienes vibran acompasadamente con el mismo latir del Corazón de Cristo. Los nuevos métodos y las nuevas expresiones brotarán consecuentemente, porque el amor agudiza nuestras habilidades. Más aún, el celo por el Corazón de Cristo agudiza la imaginación de los apóstoles para trazar caminos nuevos, capaces de llegar hasta el hombre secularizado. Algo de esto intuimos en el pasaje evangélico: “No os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros” (Mt 10, 19)

Pues bien, dando un paso más, vamos a intentar describir de una forma muy sencilla, cómo el mensaje y el espíritu de la Divina Misericordia, debe configurar el método pastoral de la Iglesia de Cristo. Aun a riesgo de simplificar, distinguimos tres etapas en la tarea evangelizadora: ACOGIDA, PROPUESTA y ACOMPAÑAMIENTO.

### **ACOGIDA con “entrañas de misericordia”:**

Nuestra tarea pastoral comienza con unos brazos abiertos que acogen con entrañas de misericordia. Estamos llamados a participar de los mismos sentimientos del Corazón de Cristo, quien sintió lástima de aquellas multitudes, al verlas como ovejas sin pastor.

A veces hemos confundido el necesario orden y rigor de nuestra organización pastoral parroquial, con el maximalismo impaciente y malhumorado. ¡Cuidado con ocultar el rostro misericordioso de Cristo en un cúmulo de normas pastorales

secundarias que nosotros mismos hayamos elaborado! ¡Cuidado con que nuestra acogida quede empañada por nuestra incapacidad de adaptarnos cariñosa y pacientemente a las distintas situaciones en las que se nos presentan nuestros hermanos heridos!

Evidentemente, no me refiero a transigir con infidelidades en materia sacramental, ni mucho menos... Pero, ¿es prudente que nos violentemos en la acogida de los alejados que tocan nuestras puertas, por temas secundarios como los horarios de despacho, las fechas de bautizos, o cuestiones similares? ¿No es cierto acaso que, precisamente, cuando relativizamos lo dogmático en el seno de nuestra Iglesia, tendemos a dogmatizar lo relativo? El estilo pastoral de la Divina Misericordia en la Acogida Pastoral, se ve perfectamente reflejado en aquel texto de Isaías citado por los evangelistas para expresar el mismo estilo de Cristo: “la caña cascada no la quebrada, la mecha humeante no lo apagaré” (Mt 12, 19).

Ahora bien, Jesús no se limitó a colmar las expectativas de quienes llamaban a su puerta, sino que elevó y amplió sus horizontes. Su corazón de buen pastor, enseñó con gran pedagogía a aquel paralítico cuya camilla había sido descolgada desde el techo, que su mayor problema no era su parálisis, sino sus pecados (cfr. Mc 2). Es decir, la acogida paciente y misericordiosa del Señor, nos educa a poner nuestra esperanza en Él. En efecto, no siempre coinciden las primeras demandas del hombre con sus necesidades más profundas. Cristo revela el hombre al propio hombre, y en ese proceso, le hace abrir los ojos hasta descubrir cuáles son sus verdaderas necesidades, como en aquel diálogo paciente hizo con la samaritana (cfr. Jn 4).

En definitiva, nuestro celo apostólico es expresión de la misericordia infinita del Corazón de Cristo, que ama personal y apasionadamente, a todas y cada uno de las almas que nos han sido encomendadas en nuestra tarea pastoral. Por ello, cuando vencemos nuestros respetos humanos, nuestra pereza o cualquier otra resistencia para evangelizar, y nos disponemos a salir al encuentro de nuestro hermano pródigo, participamos de las entrañas de misericordia del corazón de aquel Padre del que nos habla la parábola del evangelio de San Lucas (cfr. Lc 15).

### **PROPUESTA fiel de la Revelación, misericordia de Dios:**

Hay un misterioso texto evangélico, del que vamos a partir para esta reflexión: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 31-32). Jesús reza de una forma muy especial para que Pedro pueda superar la tentación, ya que le ha encomendado la tarea de confortar la fe de sus hermanos. Más aún, Pedro será instrumento de Jesús para que los cristianos no sean apartados de la fe por Satanás. La conclusión de este texto es clara: Dios tiene misericordia de nosotros y no nos deja a merced del error, sino que nos asiste en nuestra debilidad para que podamos conocer y dar a conocer el rostro del Padre revelado en Cristo.

Paradójicamente, la cultura relativista dominante, juzga negativamente la fe católica en la Revelación de Dios. La postura creyente sería considerada como soberbia, por creerse en posesión de la verdad. Por el contrario, la postura relativista sería

considera como la actitud humilde. Para salvar el peligro de la intolerancia, no habría otro remedio que renunciar a la fe en una pretendida religión revelada, depositaria de verdades eternas y absolutas.

¿Es eso así? ¿Acaso vamos a impedir a Dios ser Dios? ¿No es Él libre de ejercer su soberanía divina, saliendo al encuentro del hombre, y revelando -por su pura misericordia- sus designios de amor? ¿Es que pretendemos tal vez nosotros decirle a Dios cómo tiene que hacer las cosas? En consecuencia: ¿Puede haber una postura más soberbia que la del relativismo reinante en nuestra cultura, que, en nombre de la tolerancia, niega la posibilidad de que Dios pueda hablar al hombre, y de que el hombre pueda hablar en nombre de Dios?

En realidad, el cristiano no es aquel que posee la verdad. Más bien, habría que decir que, la Verdad le posee a él. Ser humilde no es dudar de Dios, sino dejarnos querer y cuidar por la misericordia divina.

De estas reflexiones se desprende una convicción importante que determina nuestro método pastoral: priorizar la transmisión fiel del mensaje revelado, del que no somos dueños, sino depositarios. Sería un error muy grande el que, en nombre de unos pretendidos criterios pastorales, deformásemos el mensaje revelado. Ciertamente, la Iglesia está llamada a buscar nuevas fórmulas de evangelización, con capacidad de presentar el Evangelio al hombre y a la mujer de nuestros días, pero sin traicionar lo más mínimo el depósito de Cristo, del cual no es dueña, sino humilde depositaria.

### **ACOMPANAMIENTO, porque es eterna su misericordia:**

El estilo pastoral que se desprende de la Divina Misericordia es paciente y ardiente, al mismo tiempo.

Paciente: “Entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no les recibieron.. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: « Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? » Pero volviéndose, les reprendió; y se fueron a otro pueblo” (Lc 9, 51-56).

A veces, en nuestra tarea pastoral, podemos confundir el celo apostólico, con nuestro orgullo herido. El dolor de nuestros fracasos pastorales no es muchas veces consecuencia de una limpia búsqueda de la gloria de Dios, sino que encubre nuestra vanagloria. El apóstol de Cristo tiene el riesgo de buscarse a sí mismo, aún en medio de su entrega a la tarea evangelizadora.

El misterio de la paciencia divina es el mejor antídoto contra nuestra pretensión de manipular los tiempos y los modos de Dios. Con frecuencia, el hombre se queja del silencio de Dios, cuando la realidad es que, ese silencio encubre la misericordia de Dios. Es la Divina Misericordia la que se resiste a arrancar precipitadamente la higuera que no ha dado fruto, y que apuesta por el hombre, en la esperanza de que llegue el momento de su conversión. Cristo intercede por nosotros ante el Padre: "Señor, deja la higuera sin arrancar por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, por si da fruto en adelante; y si no da, ya la cortas" (Lc 13, 8).

En pocas palabras: el estilo pastoral informado por la Divina Misericordia, se prodiga en el acompañamiento paciente, tanto de quienes se resisten a la conversión, como de aquellos otros que, aún habiendo sido ya “alcanzados por Cristo” en una “primera conversión”, requieren de la pedagogía paciente de la misericordia de Dios para su definitiva santificación.

Ardiente: « He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla! ¿Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra. » (Lc 12, 49-53)

Es decir, no tenemos que confundir la paciencia con la indiferencia o la falta de celo, como a veces ocurre. No cabe confundir la búsqueda de la “paz” con la equivocada pretensión de huir de los problemas. De sobra sabemos que al abrir la puerta de nuestra vida a Cristo, la luz de su verdad deja al descubierto todo aquello que estaba sustentado en la mentira. Incluso puede llegar a ocurrir que, en un primer momento de la conversión, sintamos que el encuentro con Cristo nos “complica” la existencia. Como los hebreos en el desierto, también nosotros podemos tener nostalgia de las cebollas de Egipto, de la tranquilidad con la que vivíamos en la esclavitud.

No tengamos miedo, la auténtica paz y alegría, la que nos regala el Espíritu Santo, tienen el precio de la apertura de par en par de las puertas de nuestro corazón a Cristo, nuestro Señor. La auténtica paz es la que está fundada en la verdad y la justicia, y no en la complacencia de la ceguera colectiva...

Así es el Corazón de Cristo, y así ha de ser también nuestro estilo pastoral: “paciente” y “ardiente” al mismo tiempo... Con el ardor propio del corazón enamorado y con la paciencia propia de quien no da ninguna alma por perdida.

### **Madre de la Divina Misericordia**

En este último Domingo segundo de Pascua, en su salutación a los fieles congregados en Castelgandolfo, el Papa se refería a Juan Pablo II y a Faustina Kowalska como apóstoles de la Divina Misericordia, además de invitarnos a poner el presente Congreso bajo la celestial protección de la “Madre de la Misericordia”.

¡Qué invocación tan hermosa!

- + En las letanías del Rosario la invocamos como “Madre de Misericordia”.
- + En la Salve lo hacemos como “Reina y Madre de Misericordia”
- + En el número noveno de la encíclica *Dives in Misericordia*, Juan Pablo II nos recuerda que la Virgen María es quien conoce más a fondo el misterio de la Divina Misericordia, y llega a designarla expresamente como Madre de este misterio en torno al cual estamos celebrando el presente Congreso. Es decir, ella es, “Madre de la Divina Misericordia”.

¿No sería adecuado introducir una festividad litúrgica que invoque a María como “Madre de la Divina Misericordia”? A Ella nos encomendamos. Muchas gracias por vuestra atención. ¡Que Dios os bendiga!

+ José Ignacio Munilla Aguirre  
Obispo de Palencia  
[obispopalencia@enticonfio.org](mailto:obispopalencia@enticonfio.org)